

“La novela mexicana” de Luis Castillo Ledón

ADRIANA SANDOVAL
Universidad Nacional Autónoma de México

PRESENTACIÓN

Cuando el joven Luis Castillo Ledón, de 26 años, publica “La novela mexicana” en *El Diario*, en octubre de 1907, José López Portillo y Rojas tenía apenas un año de haber escrito su ensayo “La novela, su concepto y su alcance” (1906). Ocho años después, en 1914, Federico Gamboa publicaría otro texto más extenso de similar temática e idéntico título al de Castillo Ledón: “La novela mexicana”.¹ Castillo Ledón sigue, en lo fundamental, mencionando explícitamente por su nombre, además de citarlo, a López Portillo y Rojas. El *Diccionario Enciclopédico de México* al igual que el *Fichero bio-bibliográfico de la literatura mexicana del siglo XIX*, de Ángel Muñoz Fernández, registran un título similar del mismo Castillo Ledón aunque posterior (1922): *Orígenes de la novela en México*, pero no figura en las bibliotecas que consulté.²

Nuestro autor es hoy mucho más conocido en el medio literario por ser cofundador, con Alfonso Cravioto, de *Savia Moderna* y del Ateneo de México. Nació en Nayarit en 1879 y murió en la ciudad de México en 1944. Fue poeta, periodista, historiador, diputado, gobernador de su estado y director del Museo Nacional de Historia y Etnología. Llevó a cabo una larga investigación (de 30 años) sobre Miguel Hidalgo, cuyo producto fue *Hidalgo, la vida del héroe* (1948).

El artículo que aquí leeremos “La novela mexicana” es un brevísimo recorrido por la historia de la novela mexicana, en el que se comenta en mayor extensión *La chiquilla* de Carlos González Peña —casi la mitad de su texto—, novela por la que siente un fuerte entusiasmo y de la cual cree que “supera a todas las que hasta hoy se han escrito en México”.

¹ Las ideas del ya para entonces ex secretario de Relaciones Exteriores fueron planteadas como una conferencia, la cual formó parte de un ciclo en la Librería Central. Eusebio Gómez de la Fuente, el editor de siempre de Gamboa, la publicó en forma de folleto.

² La Biblioteca Nacional, la del Instituto de Investigaciones Filológicas (ambas de la UNAM) y la de El Colegio de México.

Castillo Ledón considera a Francisco Bramón como uno de los novelistas de la época colonial, tal consideración posiblemente proviene de Francisco Pimentel, quien así lo asienta en *Novelistas y oradores mexicanos*, ubicado en el quinto tomo de sus *Obras completas* (1904) que, años después de su muerte (1883), editaron sus hijos.³ Coincide luego con varios críticos en señalar *El Periquillo Sarniento* como la novela fundadora en México. Y la novela de donde arranca la “literatura novelesca nacional” dice, citando a López Portillo y Rojas, es *Clemencia*, de Altamirano.

De su época considera que lo mejor de Rafael Delgado es *Los parientes ricos* y no *La calandria*, como suele afirmarse. Destaca luego entre los escritores a Federico Gamboa, quien según su juicio es “el más alto cultivador de ese género” en nuestro país, sin que pueda compararse aún con los novelistas europeos. Con base en “La cuestión palpitante”, de Emilia Pardo Bazán,⁴ separa al realismo del naturalismo, con la idea de que el primero es la corriente afín a la novela. Rabasa le parece costumbrista. De los franceses, prefiere a Daudet por encima de Zola.

Castillo Ledón coincide con otros críticos anteriores y posteriores, en que, dado que la sociedad mexicana es aún muy joven, la novela que se ha producido es igualmente inmadura. Siguiendo a Daudet, censura a Delgado por su “obsesión con la forma”, cuando “parar personajes” debería ser lo más importante. A Gamboa le critica su seguimiento a Zola. Afortunadamente, agrega, acaba de aparecer *La chiquilla*, de González Peña,⁵ novela que augura un mejor camino para la novela mexicana según sus propias palabras. Con ese motivo, reprocha a los críticos su falta de conocimiento de la literatura previa y su falta de balance. Sin embargo, él mismo cae en el entusiasmo que antes ha criticado en sus reseñas de la novela en cuestión.

³ Las *Obras completas* de Francisco Pimentel, editadas por sus hijos en cinco volúmenes, aparecieron entre 1903 y 1904. Pimentel murió en 1893.

⁴ Los artículos de Emilia Pardo Bazán, que luego se reunirían como libro en 1883, aparecieron en diversas publicaciones españolas: en *La Época* (Madrid) entre 1882 y 1883. En México se conocieron los artículos de la gallega también a fines del siglo XIX.

⁵ Hoy en día González Peña es más conocido por su historia de la literatura mexicana del siglo XIX, para muchos la mejor que existe todavía. Es autor de varias novelas, entre ellas, *De noche* (1905), de una obra de teatro: *El huerto*, así como de cuentos y libros de viajes. También fue miembro del Ateneo de la Juventud y de la Academia Mexicana de la Lengua. También fue periodista y cronista. *La chiquilla* se publicó en 1907. Esta novela fue incluida en el tomo “La novela realista” (editorial Patria, 1985).

En suma, se trata de un pequeño panorama de la novela mexicana, que sirve más como pretexto para escribir una reseña de la novela *La chiquilla*.

BIBLIOGRAFÍA

Diccionario Enciclopédico de México. Humberto Musacchio (ed.), 4 vols. México: Andrés León, 1989.

MUÑOZ FERNÁNDEZ, ÁNGEL. *Fichero bio-bibliográfico de la literatura mexicana del siglo XIX*, 2 vols. México: Factoría Ediciones, 1995.



LA NOVELA MEXICANA

[*El Diario*, 28 de octubre de 1907, p. 6]

La historia de la novela mexicana se puede dividir, sintetizándola, en cuatro épocas. Primera: en plena dominación española. Don Francisco Bramón es el primero en escribir novela; le sigue todo un grupo de novelistas, y entre ellos llega a distinguirse don Joaquín Fernández de Lizardi con su *Periquillo Sarniento*. Segunda: después de la Independencia. Una vez pasadas las revueltas civiles, y como a los cuarenta años de la aparición del *Periquillo*, don Anastasio María de Ochoa es el primero en volver a cultivar el género novelesco; y Justo Sierra (padre), Fernando Orozco y Berra, Manuel Payno, Florencio M. del Castillo y Juan Díaz Covarrubias se distinguen como los mejores novelistas. Tercera: la que se inició al mediar el siglo XIX. Tiene como representantes sobresalientes a Ignacio M. Altamirano, José T. de Cuellar, Vicente Riva Palacio, Pedro Castera, Emilio Rabasa, Juan A. Mateos, Ireneo Paz y Enrique Olavarría y Ferrari. Cuarta: la actual de fines del siglo XIX y principios del XX.

En la primera época, la mejor novela que, a mi juicio, se produjo, es el *Periquillo Sarniento*, que en verdad tiene todo el valor que el licenciado López Portillo y Rojas le concede en su breve ensayo "La novela", como obra donde sin duda alguna arranca la novela mexicana, y por la

fiel pintura que contiene de las costumbres coloniales; aparte de que yo encuentro que su asunto es bastante realista, y que su aparición tuvo lugar cuanto apenas el gran Balzac, siguiendo las huellas marcadas por Diderot y Stendhal, empezaba a delinear la forma definitiva de la novela, afirmada, a poco, por aquel insuperable grupo de Flaubert, los Goncourt, Daudet, Zola y Maupassant.

En la segunda, si acaso, merece atención *La clase media*, de Díaz Covarrubias, una novela que traía tendencias socialistas, cuando nuestra sociedad principiaba a formarse; y las narraciones realistas de Justo Sierra (padre), y las *nouvelles*, o novelas cortas, de Florencio M. del Castillo (el primer *nouvelliste*, digno de tomarse en cuenta, que tuvimos) merecen mencionarse.

Ya en la tercera época, la novela mexicana toma mejor forma y empieza a ser “de veras” novela. “Fue la *Clemencia* de Altamirano —dice el licenciado López Portillo— la primer manifestación de esa toma de posesión de nuestra personalidad íntegra, en el campo de las letras; de ese libro arranca la formación de nuestra literatura novelesca nacional, propiamente dicha”. Rabasa escribe cuatro trascendentales novelas costumbristas: *La bola*, *La gran ciencia*, *El cuarto poder* y *La moneda falsa*, y Pedro Castera da a luz su *Carmen* (que no tiene de común con la *María* de Isaacs, más que el sentimentalismo), y *Dramas en un corazón*, una novela psicológica a la manera de las de Bourget, por desgracia poco conocida. En tanto el resto de los novelistas del grupo arriba citado escribía novelas históricas por lo que significaban entonces, pero desprovistas de mérito positivo.

Llegamos a la época actual, iniciada a fines del siglo pasado. Nuestra novela, que en la tercera época “empieza a ser” de veras novela, en ésta ya lo es. Rafael Delgado encabeza el grupo de novelistas contemporáneos. *La calandria* y *Los parientes ricos*, especialmente esta última, y no la primera (dígase lo que se diga) marcan el rumbo nuevo y definitivo a la novelística mexicana y preparan el terreno de donde han de brotar mejores y más sazonados frutos. Surge en seguida Federico Gamboa, el hoy por hoy más alto cultivador de ese género, *Suprema ley*, *Metamorfosis* y *Santa*, que lleva publicadas, y en torno de Delgado y de Gamboa aparece una brillantísima falange: José López Portillo y Rojas, Victoriano Salado Álvarez, Porfirio Parra, Heriberto Frías, Ángel del Campo, José Ferrel, Cayetano Rodríguez Beltrán, Manuel Sánchez Mármol, Delio Moreno Cantón, Manuel H. San Juan y Rubén M. Campos. Como *nouvellistes*,

que no hay que confundirlos con los novelistas hechos y derechos, pero que son como capullos de novelistas, y que a su vez no deben confundirse con los simples cuentistas, surgen Amado Nervo, Alberto Leduc, Efrén Rebolledo, Ciro G. Ceballos, Francisco M. de Olaguíbel, Severo Amador, etc.

La novela mexicana ha revestido todas las formas. Ha sido narrada [sic], biográfica, idealista, mística, épica, histórica, romántica, humorística, realista y hasta naturalista; pero lo curioso es que nació siendo realista, que siempre ha tendido a serlo y que hoy lo es plenamente, porque así tiene que ser; porque, según la afirmación de un maestro, la forma definitiva de la novela es ésta. Y no hay que caer en el frecuente error de confundir el “realismo” con el “naturalismo”, que son cosas bien distintas, toda vez que, atendiendo a la sabia definición de doña Emilia Pardo Bazán el realismo “comprende y abarca lo natural y lo espiritual, el cuerpo y el alma, y concilia y reduce la unidad, la oposición del naturalismo y del idealismo racional”. “En el realismo cabe todo, menos las exageraciones y desvaríos de dos escuelas extremas, por precisa consecuencia, exclusivistas”. En tanto que el “naturalismo” es más estrecho, puesto que aspira (o que aspiró, mejor dicho), a ser un auxiliar de la ciencia experimental, yendo directamente “al sujeto”, al “documento humano”, y desdeñando el “subjetivismo” que bien hermanan los realistas con el “objetivismo”. El realismo observa, y el naturalismo analiza: esa es la diferencia, y éste el error de la fracasada escuela de Zola, que pretendió tomarse atribuciones que sólo incumben a la ciencia psicológica. Por eso *L'Assommoir* de Zola y *La fille Elisa* de Edmundo de Goncourt nos parecen tan literarias y tan secas como un informe médico-legista, mientras *Fromont menor y Risler mayor*, *El nabab* y *Jack* de Alfonso Daudet (el admirable Daudet a quien “la benévola naturaleza ha colocado en ese punto exquisito en que acaba la poesía y empieza la realidad”, punto que a mi ver es el preciso donde debe colocarse el verdadero novelista) nos seguirán pareciendo las novelas por excelencia.

La novela mexicana, aunque más tardíamente que la europea, ha progresado también, pero sin llegar a un desarrollo perfecto; debido, sin duda, a que nuestra sociedad es más joven y todavía no acaba de construirse.

Sin embargo, ya en Federico Gamboa la vemos acercarse a la meta; y si no llega es porque aún no acusa en el autor el grado de preparación de estudio necesario, para llegar a producir modelos como los que el célebre grupo de realistas franceses de fines del siglo XIX produjeron. Nuestros

novelistas han trabajado hasta hoy con sólo tener "asunto". Jamás les ha preocupado saber que para el cultivo de ese género se necesita, aparte de la disposición necesaria de observación, un estudio largo y detenido de la novelística, desde su origen, sus evoluciones y su apogeo, hasta los secretos de su difícil "*métier*".

Rafael Delgado con su obsesión del estilo (cuando el estilo es lo de menos en el novelista, y lo esencial es "parar personajes", como dice Daudet) y su afán de tomar por modelo a Valera, el menos novelista de los novelistas; Gamboa persiguiendo como ideal a Zola (ese genio que extravió el camino) con sus estudios de "documentos humanos", y trabajando los pasajes descriptivos de sus obras, por reconstrucciones hechas de memoria en el extranjero; los demás haciendo intentos aislados y sin seguir determinado método, ninguno ha logrado encauzar, como se debe, un género que está llamado a dar grandes frutos entre nosotros.

¿Seguirá por mucho tiempo tal orden de cosas? No. Afortunadamente, una novela que acaba de aparecer viene a marcar, a dar el toque de señal del momento en que los novelistas de preparación y estudio aparecerán en el campo de nuestra literatura.

La chiquilla, de Carlos González Peña, es esa novela que la futura historia de las letras mexicanas designará como el punto de partida de la etapa en que la novelística nacional haya entrado en su madurez.

Ella es el fruto de un talento que, aunque muy joven, ha recibido antes una preparación larga y especial para dedicarse a tan importante rama; y por lo tanto a pesar de sus defectos, alcanza las proporciones de una obra que se acerca a lo perfecto y que es auguradora de otras mejores [...] ⁶ propósito de *La chiquilla* de Carlos González Peña, es esa novela que la futura historia de las letras mexicanas designará como el punto de partida de la etapa en que la novelística nacional haya entrado en su madurez.

Nuestra crítica (nuestra crítica que tampoco acusa preparación y estudio, y que esencialmente acerca de la novela, revela una ignorancia sin igual) dijo ya una porción de tonterías a propósito de *La chiquilla*, ya elogiándola hasta la hipérbole, o bien pasando de largo sobre su mérito positivo, sin llegar a fijar su importancia, siquiera como "documento literario".

⁶ Aquí falta parte del texto. El tipógrafo repitió un párrafo y omitió algunas líneas.

Yo no alardeo de crítico. Soy un aficionado a las letras que aspiro a ser algo más que un simple aficionado, y que para eso estudio sin descanso, tratando de fijar mi época por el conocimiento de las épocas pasadas. Vengo desde hace más de dos años estudiando la novela, no en las historias de la literatura, sino en los documentos mismos, auxiliado por aquéllas, y creo conocerla a estas horas suficientemente para darme cuenta, cuando menos, de lo acertado o de lo erróneo de algunos juicios.

Después de *Santa*, de Federico Gamboa, cuyo mérito es para mí muy grande, con todo y que no comulgo con la falsa y estrecha tesis naturalista, ya pasada de moda, por fortuna, *La chiquilla* de González Peña es la novela que más me ha interesado, si no impresionado, por el valor que a mis ojos tiene y que antes le he concedido.

Considerándola aislada, fuera del “momento histórico”, no tengo más que repetir lo que ya dije en una nota de *La Gaceta de Guadalajara*: que a mi juicio, era la novela más completa, con menos defectos que se había escrito en México.

Trataré de sostener con argumentos esa afirmación.

Su asunto es este: Lena y Antoñita, son dos hermanas, que, por su temperamento, es una la antítesis de la otra. Lena (“la Chiquilla”) es vivaracha, alegre, decidora y un tanto atrevidilla con los hombres. Antoñita es reposada, silenciosa, modesta y hacendosa. A la primera le gusta la holganza y le atrae el lujo; la segunda tiene todos sus goces y todas sus aspiraciones en el hogar y en el cumplimiento del deber.

Antoñita llega a tener un novio, Eugenio Linares, y Lena se lo birla. A Linares le atraen igualmente las dos; las dos le gustan porque una representa para él el amor espiritual, la otra el amor carnal, y en la lucha entre estos, se deja vencer por el último. Seduce a Lena y huye espantado de su doble crimen. Antoñita en tanto muere como una florecilla falta de luz y de calor.

Y esto es todo. Pero en torno de ese asunto tan sencillo que es sencillo porque es humano, González Peña borda una serie de escenas admirables producto de una observación sagaz y de una gran laboriosidad. Como los maestros que dejaron escrito el código del arte de hacer novelas es pobre de imaginación como que tiene que ajustarse a la realidad de la vida pero rico en imaginar circunstancias de hechos y en detallar seres y cosas.

Alrededor de Lena, Antoñita y Eugenio Linares, tan bien pintados, se mueven algunos personajes secundarios que se sienten vivir con igual

o mayor fuerza y que revelan un estudio profundo. Doña Pepa, madre de las dos hermanas, es el tipo de la madre negligente y beata, más amiga de la devoción que de la obligación, que todos conocemos. Clara Ruiz, un ejemplar de esas muchachas de bajo origen, sin educación y ambiciosas, que se improvisan tiples en un teatrillo de barrio, y que, fracasadas, venden su problemática belleza al primer viejo verde, ricachón que las asedia, es otro tipo bien logrado, pero no tanto como el de doña Manuela, madre de ésta que considero notabilísimo y digno del más renombrado novelista. Don Hilario, un pobre hombre envejecido entre los expedientes; Estéfana, una sirvienta con todo el heroísmo y toda pasividad atávica de su clase; Arsenio Urizar, un poeta fracasado, que al fin se hace comerciante, todos son personajes "puestos de pie", que se mueven y obran como en la vida.

Entre los cuadros y trozos salientes que hay en el libro, quedan grabados en la imaginación, por su verismo palpitante, una noche de 15 de septiembre, descripción mucho más feliz que la idéntica que hay en *Santa* de Gamboa; la seducción de Lena; una borrachera que se pone Urizar, y el "estreno" de un café en la calle del Puente de Alvarado.

González Peña cumple con las condiciones primeras que debe tener todo buen novelista: sabe "parar" personajes y sabe delinear el fondo en que han de moverse. El estilo, un tanto defectuoso, es, sin embargo, adecuado a los temas toda vez que en opinión de un maestro del oficio el estilo, en la novela, lo debe dar la misma fuerza del asunto. Es sobrio, natural, en el diálogo y algunos pasajes, como debe ser; y sólo señalaría en él, cierta tendencia a "hacer frases", y un marcado vicio del autor, de hablar en segunda persona, por sus personajes, a cada paso; vicio que sin duda ha contraído en autores españoles.

La chiquilla, como dice José Escofet, su prologuista, que es otro joven que escribe hermosas novelas, y que por lo tanto sabe de lo que habla; no es una obra maestra, pero sí una novela primorosa; algunos defectos tiene, mas al de los defectos, supera el número de las cualidades.

La crítica no ha sabido aquilatarla, por pura ignorancia de la materia. No es lo mismo hablar de nuestros poetas, que han llegado a la perfección y que rivalizan con los mejores del mundo, que de nuestros novelistas que empiezan, puede decirse, a cultivar el género. No anda muy errado un viejo retórico al asegurar que los mismos cultivadores de una rama de la literatura, cualquiera que sea, con los mejores críticos de sus colegas [sic]. De ahí, que Zola juzgando a Stendhal, Balzac, Daudet,

Flaubert y los Goncourt, esté más acertado que muchas eminencias especialistas, por más que se le niegue verdadero espíritu crítico.

La chiquilla, pues, además de su valor intrínseco, tiene un valor histórico. Haciendo síntesis de síntesis, considero a Fernández de Lizardi, como el fundador de la novela mexicana; a Ignacio M. Altamirano, como su primer reformador; a Rabasa, como un precursor del procedimiento moderno, entre nosotros; a Gamboa como el definitivo introductor de ese procedimiento, y, finalmente, a González Peña como el que viene a asegurarlo con la preparación especial que necesita el cultivo de ese género.

González Peña, a los veintidós años que hoy cuenta, ha producido una novela que en su *métier* supera a todas las que hasta hoy se han escrito en México. Y si a esa edad ha podido realizar semejante hazaña, es seguro que llegará a ser el primer novelista “completo” que tengamos.

Trabaja como han trabajado todos los maestros. Toma un hecho de la vida. Escoge sus personajes de entre las personas que lo rodean o que ha conocido alguna vez. Inventa las circunstancias de ese hecho; toma apuntes; consulta obras científicas que le ilustren sus “casos”; forma planos y croquis, y una vez “documentado” de ese modo, se pone a la obra, auxiliando su ardua tarea con visitas o inspecciones que hace a los lugares en donde se han de mover sus héroes: aquí entra a una casa; allá observa una perspectiva, trasladando al libro sus impresiones frescas, vividas, y por lo tanto llenas de verdad.

Así es como ha trabajado *La chiquilla*, y así es como trabaja en estos momentos *La musa bohemia*, una producción que excederá, con mucho, a aquélla, y que acabará de borrar de nuestro recuerdo su primer ensayo intitulado *De noche*.

¡Os invito cordialmente a que la leáis!

Luis Castillo Ledón
México, octubre de 1907